

Hace 50 años, Hiroshima...

por François Bugnion

Séptima ciudad del Japón por el número de habitantes, situada en la desembocadura del río Ota, cuyas lodosas aguas van a dar al Mar interior, hasta el verano de 1945, Hiroshima no había sido bombardeada.

En la madrugada del 6 de agosto de 1945, sobrevolaron la ciudad 4 aviones de observación, que se alejaron sin soltar bomba alguna. A las 07,31h, las sirenas anunciaron el término de la alerta. Los habitantes salieron de sus refugios y retornaron a sus ocupaciones.

Pocos fueron los que, tres cuartos de hora más tarde, vieron un bombardero estadounidense B 29 sobrevolar la ciudad a baja altitud, en un cielo sin nubes. Cuando llegó al centro de la ciudad, soltó un artefacto apenas mayor que una bomba ordinaria.

Cuarenta y cuatro segundos más tarde, un relámpago, mil veces más intenso que el sol, incendió el cielo, seguido inmediatamente de un calor incandescente y, algunos instantes después, de un huracán que arrasaba todo a su paso.

El horrible calor emanado de la bomba atómica transformó el centro de la ciudad en un gigantesco brasero que, a su vez, provocó un violento vendaval. El incendio se propagó de distrito en distrito y se apagó solo, por falta de combustible, mediada la tarde. La ciudad había desaparecido.

En la vertical del punto de explosión, y en un radio de un kilómetro, el aniquilamiento era total, hasta el punto de que ya no se podían reconocer los cimientos de los edificios. Quedaba únicamente, en la margen de uno de los brazos del Ota, el casco abierto del hospital, sobre el que se alzaba la armazón metálica de una amplia vidriera en forma de cúpula, que iba a ser el símbolo de la catástrofe.

Cinco kilómetros a la redonda, las viviendas habían sido pulverizadas, los árboles arrancados, los vehículos lanzados a distancia, los rieles del

ferrocarril retorcidos como por una fuerza sobrenatural. En total, el 90% de los edificios resultó destruido o gravemente dañado. A unos 27 kilómetros del lugar del impacto, los cristales se habían hecho añicos.

Unas 80.000 personas resultaron muertas por la explosión y casi otras tantas sufrieron heridas graves. Muchas murieron las semanas o los meses que siguieron, en medio de sufrimientos atroces, provocados por quemaduras o por efectos de la irradiación: hemorragias internas, cáncer, leucemia¹.

Eran las 08,15h. El mundo había entrado en una nueva era, siendo su denominador la amenaza nuclear: la humanidad se había procurado los medios para su propia aniquilación.

Tres días después, una nueva bomba destruyó la ciudad de Nagasaki, con consecuencias tan espeluznantes como las de Hiroshima. Unas horas antes, la Unión Soviética había declarado la guerra a Japón y sus tropas habían comenzado a invadir Manchuria donde, hacía 14 años, había estallado la guerra chino-japonesa.

El 15 de agosto, dirigiéndose por primera vez a sus súbditos por la radio, el emperador Hirohito anunció que Japón aceptaba el ultimátum de los Aliados y, el 2 de septiembre, el general Torashibo Kawabe firmó, en el puente del acorazado *Missouri*, anclado en la bahía de Tokio, el acta de capitulación. Era el final de la Segunda Guerra Mundial.

*
* * *

La Cruz Roja Japonesa era la primera de las Sociedades Nacionales formadas en Asia, también disponía de más recursos y estaba organizada

¹ Hay mucha divergencia en cuanto al número de las víctimas del desastre. En el informe de la Comisión estadounidense de evaluación de los efectos de los bombardeos estratégicos figura la cifra de 80.000 muertos y otros tantos heridos, *The United States Strategic Bombing Survey, The Effects of Atomic Bombs on Hiroshima and Nagasaki, Chairman's Office, 30 June 1946, Washington, United States Government Printing Office, 1946*, p. 3. En una estadística efectuada por el Municipio de Hiroshima, y fechada del 10 de agosto de 1946, se consignan, para una población civil de 320.081 habitantes, el día de la explosión, las siguientes cifras: 118.661 muertos, 30.524 heridos graves, 48.606 heridos leves y 3.677 desaparecidos, *Hiroshima and Nagasaki, The Physical, Medical and Social Effects of the Atomic Bombings, The Committee for the Compilation of Material Damage caused by the Atomic Bombs in Hiroshima and Nagasaki*, traducción de Eisei Ishikawa y David L. Swain, Nueva York, Basic Books Publishers, 1981, p. 113.

más eficazmente. Además, el hospital que tenía en Hiroshima se había conservado milagrosamente, aunque las puertas, ventanas y una parte del tejado habían sido arrasadas por la explosión. Allí pudieron ser asistidos miles de heridos.

Al día siguiente del desastre, varios equipos médicos de la Cruz Roja llegaron a Hiroshima procedentes de ciudades vecinas. Dos de ellos colaboraron activamente con el personal del hospital de la Cruz Roja Japonesa, mientras que otros prestaron servicios en dispensarios improvisados bajo carpas situadas en diferentes puntos de la ciudad devastada. En total, 792 colaboradores o voluntarios de la Cruz Roja Japonesa prestaron asistencia a unos 31.000 pacientes durante 3 semanas tras la catástrofe².

Sin embargo, las operaciones de socorro tropezaron con graves obstáculos, a causa de la amplitud del desastre y el número de sus víctimas, la falta de personal y de material apropiado, la irremediabilidad de algunas de las lesiones, así como de la incertidumbre acerca de las terapias que habían de aplicarse; no había medicamentos, las intensas oleadas de calor y la falta de agua potable comportaban desastrosas condiciones de higiene, infección de las heridas y propagación de enfermedades. Muchos socorristas que acudieron en ayuda de las víctimas horas y días después de la catástrofe también sufrieron los efectos de la irradiación.

*
* *

Desde el comienzo de la guerra, el Comité Internacional de la Cruz Roja mantuvo en Japón una pequeña delegación, que intentaba asistir a los prisioneros de guerra aliados detenidos en el archipiélago. Su actividad tropezó con enormes dificultades y, especialmente, con una total incompreensión por parte de los militares en el poder en Tokio.

El 29 de agosto, el delegado Fritz Bilfinger pudo ir a Hiroshima. Fue el primer testigo neutral que llegaba al lugar de la catástrofe y en el telegrama que al día siguiente remitió a la delegación se refleja toda la amplitud del drama:

² Según información que la Cruz Roja Japonesa tuvo a bien comunicar al autor de este artículo, el 5 de junio de 1995.

«*Visité Hiroshima el 30, horribles condiciones stop ciudad arrasada un 80%, todos los hospitales destruidos o gravemente dañados, inspeccioné 2 hospitales provisionales, condiciones indescriptibles fullstop efectos de la bomba misteriosamente graves stop muchas víctimas, que parecen reponerse, acusan repentina recaída fatal debido a la descomposición de glóbulos blancos y otras heridas internas y mueren actualmente en gran número stop más de 100.000 heridos, aproximadamente, aún en hospitales provisionales en los alrededores, falta absoluta de material, apósitos, medicamentos stop tengan a bien hacer solemne llamamiento al alto mando aliado, rogando lanzar inmediatamente en paracaídas socorros centro de la ciudad stop acuciante necesidad de ingentes cantidades de apósitos, algodón, pomada para quemaduras, sulfamidas, además de plasma y material para transfusiones stop acción inmediata extremadamente necesaria, enviar también comisión de encuesta médica stop seguiré informe, acusen recibo*»³.

El jefe de la delegación del CICR, doctor Marcel Junod, entabló inmediatamente contactos con las autoridades japonesas, así como con el alto mando de las fuerzas de ocupación que comenzaban a desplegarse en el archipiélago.

El 8 de septiembre, iba, a su vez, a Hiroshima, en compañía de una comisión de encuesta estadounidense y del doctor Tsuzuki, profesor de radiología en la Universidad de Tokio. En ese viaje, se transportaron 12 toneladas de medicamentos y apósitos, donados por las autoridades estadounidenses.

Sus observaciones confirmaron, punto por punto, la apocalíptica visión comunicada en el telegrama de Fritz Bilfinger: la aniquilación de la mayor parte de la ciudad, «*donde todo no era más que silencio y desolación*», la gravedad y, en muchos casos, la irremediabilidad de las lesiones causadas por quemaduras e irradiación, los atestados hospitales provisionales, la falta de material y de medicamentos, la impotencia del personal médico, también diezmado y confrontado con lesiones totalmente nuevas y para las cuales no había terapia alguna, el descorazonamiento de los supervivientes ante la catástrofe que, en un abrir y cerrar de ojos, destruyó su ciudad⁴.

³ Fritz Bilfinger, telegrama del 30 de agosto de 1945, copia, Archivos del CICR.

⁴ Dr. Marcel Junod, «El desastre de Hiroshima», Ginebra, CICR, 1982 (Separata de la *Revista Internacional de la Cruz Roja*, n^{os} 53, 54, septiembre-octubre y noviembre-diciembre de 1982).

El CICR no esperó recibir los informes de sus delegados para adoptar una postura acerca del nuevo medio de exterminación con que la humanidad se había dotado. En una circular, remitida, el 5 de septiembre de 1945 —menos de un mes después de la explosión en Hiroshima— a las Sociedades Nacionales, que versaba sobre el fin de las hostilidades y las tareas futuras de la Cruz Roja, el CICR planteaba ya la cuestión de la licitud de las armas atómicas y apelaba a los Estados para que se pusieran de acuerdo con objeto de prohibir el empleo de las mismas:

«Sin duda, la guerra—que es una anomalía en un mundo civilizado— ha adquirido un carácter tan devastador y tan universal, en la imbricación de los intereses de los diversos continentes, que todos los pensamientos, todos los esfuerzos deberían tender, ante todo, a hacerla imposible. Pero, no por ello debe dejar la Cruz Roja de perseguir, en el ámbito del derecho de gentes, su actividad tradicional: preservar, en tiempo de guerra, las exigencias de la humanidad. Lo aparentemente inoportuno de esta tarea, cuando la paz parece, por fin, haber llegado, no debe desviar a la Cruz Roja de ese deber primordial. Tanto mayor es el poder destructor de la guerra, cuanto más se impone —como protesta contra ese derrumbamiento de los valores— la necesidad de extender la luz de la humanidad, por más tenue que sea, en el infinito de las tinieblas.

Sin embargo, cabe preguntarse (...) si los últimos avances de la técnica bélica aún dejan lugar, en derecho internacional, a algún orden firme y válido. Ya en la Primera Guerra Mundial, y más en los desastres de estos últimos 6 años, se demostró que habían cambiado las condiciones, gracias a las cuales el derecho internacional pudo hallar en los Convenios de Ginebra y de La Haya su clásica expresión. Sobre todo, se observa que, debido a los progresos de la aviación y a los considerables efectos de los bombardeos, es casi inaplicable la distinción, hasta ahora hecha, de las categorías de personas que deberían beneficiarse de una protección especial, en particular la población civil con respecto a las fuerzas armadas. El desarrollo fatal de los medios de combate y, por consiguiente, de la guerra misma, se agrava por la utilización de los descubrimientos de la física atómica, arma de guerra de una eficacia sin precedentes.

Sería inútil querer prejuzgar ya el futuro de esa nueva arma, y hasta pronunciarse sobre la esperanza de que las Potencias puedan renunciar a la misma totalmente. ¿Querrán, por lo menos, mantenerla en reserva, por decir así, y ello de manera duradera y segura, como última garantía contra la guerra y como medio para salvaguardar un orden equitativo?

Quizá esa esperanza no sea totalmente ilusoria, ya que en esa lucha de 6 años, no se recurrió a ciertos medios tóxicos o bacteriológicos proscritos por las Potencias en 1925. Retengamos ese hecho en un tiempo en que se han registrado tantas infracciones contra el derecho y tantas represalias.»⁵.

Las preocupaciones del CICR eran las de la Cruz Roja: en una resolución aprobada unánimemente, la XVII Conferencia Internacional de la Cruz Roja, celebrada en Estocolmo, el mes de agosto de 1948, se «adjura a las Potencias a que se comprometan solemnemente a proscribir, de manera absoluta, el recurso a dichas armas y el empleo, con finalidad de guerra, de la energía atómica o de cualquier otra fuerza semejante»⁶.

*
* * *

Cincuenta años después de la destrucción de Hiroshima, los Estados aún no han podido concertarse en cuanto a una estrategia para prohibir las armas nucleares, que son la piedra angular de la estrategia de defensa de las Potencias que las tienen, especialmente los 5 países miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

Sin embargo, a pesar de las profundas crisis que caracterizaron la época de la guerra fría, las armas nucleares no han vuelto a emplearse desde Hiroshima y Nagasaki. Sin duda alguna, el ejemplo de la destrucción de ambas ciudades japonesas y la convicción de las Potencias nucleares de que cada una tiene la capacidad de una destrucción recíproca, han disuadido con suficiente eficacia para prevenir todo recurso a esas monstruosas armas.

En cambio, durante los 45 años transcurridos desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la caída del muro de Berlín, la humanidad vivió constantemente amenazada con arsenales nucleares capaces de

⁵ «La fin des hostilités et les tâches de la Croix-Rouge» (El final de las hostilidades y las tareas de la Cruz Roja), circular n°370 a los comités centrales, 5 de septiembre de 1945, pp. 657-662, *ad. pp.* 659- 660. El CICR volvió a tratar esta cuestión en un llamamiento del 5 de abril de 1950, «Armes atomiques et armes aveugles» (Armas atómicas y armas ciegas), RICR, n° 376, abril de 1950, pp. 251-255.

⁶ Resolución XXIV, *XVII Conferencia Internacional de la Cruz Roja, celebrada en Estocolmo del 20 al 30 de agosto de 1948*, Actas, Estocolmo, Cruz Roja Sueca, 1948, p. 5.

destruir toda vida humana sobre la faz de la tierra, amenaza implícita, durante largos períodos, pero que se blandió abiertamente en tiempo de crisis, especialmente durante el conflicto de Suez (1956), durante la guerra árabe-israelí de octubre de 1973 y, sobre todo, durante la crisis de los misiles de Cuba, en octubre de 1962.

Esta amenaza se ha ido difuminando, finalizada la guerra fría. En cambio, a pesar de la reciente prolongación de la aplicación del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, el riesgo de proliferación ha aumentado tras el desmembramiento de la URSS. Varios Estados no ocultan su deseo de adquirir armas nucleares y la vigilancia que las grandes Potencias ejercieron durante más de 40 años, evidentemente, se ha distendido desde que terminó la guerra fría. Aunque ha sido alejada la amenaza de una guerra nuclear generalizada, el peligro de proliferación de las armas nucleares es mayor que nunca. Es, sin duda, la más grave amenaza que se cierne hoy sobre la humanidad.

François Bugnion, licenciado en Letras y doctor en Ciencias Políticas, comenzó a prestar servicios para el CICR en 1970: en Israel y los territorios ocupados (1970-1972), en Bangladesh (1973-1974) y, por períodos más cortos, en Turquía y Chipre (1974), en Chad (1978), en Vietnam y en Camboya (1979). Desde 1989, es director adjunto en el CICR, Dirección de Doctrina, Derecho y Relaciones con el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. Es el autor de *Le Comité international de la Croix-Rouge et la protection des victimes de la guerre* (CICR, Ginebra, 1994).